

miento vertiginoso, animación extraordinaria, como si el cuadro vibrase, como si las figuras hablaran todas á un tiempo, realizada tal suma de soñados esplendores por un colorido que no ya deslumbra, ciega, cual un rayo de sol, abrasándoos los ojos, entre calientes entonaciones, mezclas inverosímiles de rojo bermellón y sangre, facetas de pedrería donde saltan chispas de colores parecidas á nuestros fuegos artificiales, toques azules y cinabrio, todo ello exagerado hasta la violencia y todo ello parecido á escenas del Ariosto, en que la imaginación, desbordada ó loca, finge y fantasea enormísimas hipérbolés. ¡Cuán distante de aquel tranquilo Van-der-Weyden, que pinta un establo modesto, un San José parecido á cualquier aldermán flamenco, de gran corrección todo ello, pero de una extraordinaria sobriedad; angulosas y rígidas figuras de color muy apagado y de actitudes muy sencillas! Lo mismo, poco más ó menos, pasa en el cuadro de Boust relativo á este asunto. Una criada, por completo flamenca, se halla de pie tras la Virgen, quien, puesta en una sede vulgar y ordinaria de aquel tiempo, tiende su hijo á los reyes. El primero de éstos que al Niño Dios adora, no parece un monarca de Oriente sino un doctor de Lovaina. Su traje, túnica de terciopelo, se parece mucho á los trajes doctorales, y su corona muchísimo á

los birretes. Aquellas largas cabezas, aquellas rígidas actitudes, aquellas expresiones en el fondo idénticas, aunque tienen un verdadero carácter también tienen verdadera uniformidad. Lo recordamos para demostrar cómo se diferencian y cómo se diversifican entre sí los varios genios de la escuela flamenca. Pero no acabaríamos nunca si hubiéramos de citar todas las obras inspiradas por estas páginas del Evangelio, que han dado al fin de sí el arte por excelencia, la pintura católica.

XIII

A los cuarenta días justos de la Natividad celebró la Virgen su purificación. Ribadeneira explica muy clara y elocuentemente la ceremonia judía, cumplimentada por los padres de Jesús con arreglo á las antiguas leyes. Disponían éstas la oblación del primogénito á Dios. Cuando no pertenecía el hijo primero de un matrimonio á la sacra tribu de Leví, los padres suyos hallábanse obligados, en su presentación al templo y en su oferta consiguiente al Eterno, de rescatarlo por cinco siclos, moneda correspondiente con los francos de ahora. En el riguroso código litúrgico de los hebreos tal disposición emanaba de otra no menos importante, de aquella que disponía entregar también al sacer-

dote los animales primogénitos para su inmola-
ción y sacrificio. Muy obligados los israelitas á
Dios, por haberlos extraído con su fuerza del cau-
tiverio egipcio, conmemoraban todos los actos re-
cordatorios de su libertad. Y así como celebraban
la noche del Éxodo con pan ácimo, cordero pas-
cual, báculo en las manos y cinto en los riñones,
también celebraban aquel acto de la cólera divina
que inmoló todos los primogénitos de sus tiranos
y llenó toda la región de lloro y terror, facilitán-
doles con misericordia para ellos y terror para los
demás aquella su redentora fuga. El Talmud
guarda las ordenanzas dispositivas de todo el cere-
monial usado en matrimonios y partos. Por auto-
ridad imperiosa de tales ordenanzas, toda mujer
que pariera hijo debía retirarse una cuarentena
seguida con el fin de purificar su cuerpo. Y tal
cuarentena cumplida estaba en la obligación de ir
al templo y ofrecer un recental, un pichón y una
tórtola. Esta cuarentena se doblaba, sumando has-
ta ochenta días, en caso de parir la mujer hija.
Cuando los recursos no alcanzaban á comprar un
recental, disponían las leyes que se comprasen ó
un par de pichones ó un par de tórtolas. San
Lucas refiere así todo lo que nosotros referimos
ahora. «Y pasados los ocho días del parto, dispu-
sieron los padres la circuncisión del niño, ponién-

dole por nombre Jesús, el cual nombre habíanlo
dicho los ángeles mucho antes de que fuese con-
cebido en el claustro materno. Y como se cumplie-
ran los días de la purificación, conforme con las
leyes de Moisés, trajéronlo á Jerusalén y presentá-
ronlo al Señor. Está escrito en las leyes: «todo va-
»rón primogénito será consagrado al Eterno.» Y
queriendo presentar la ofrenda conforme con lo pre-
ceptuado en las liturgias, María y José ofrecieron
un par de tórtolas. Y como viviera entonces en
Jerusalén un hombre santo llamado Simeón, espe-
raba éste las consolaciones mesiánicas para Judá
y la venida indeclinable del Espíritu Santo. Y el
Espíritu Santo le anunció cómo no moriría sin ver
cumplida la llegada ó advenimiento de Cristo. Y
cuando introdujeron al niño Jesús los padres en el
templo para obedecer las leyes y seguir las cos-
tumbres, tomólo en sus brazos y bendijolo en el
cántico, alzado á la continua por las Iglesias nues-
tras, y que se llama, como aquel que lo entonó,
cántico de Simeón. «Ya puede morir tu siervo, dijo,
conforme, Señor, á tu palabra, en paz; porque han
visto sus ojos la salvación, aparejada en presencia
de todos los pueblos y venida para revelarse á los
gentiles y ser la gloria de Israel.» Y José y María
maravillábanse de las cosas que iban escuchando.
También se hallaba allí por aquel entonces Ana,

profetisa, engendrada por Famiel, perteneciente á la tribu de Aser, la cual había venido á edad muy crecida y vivido siete años con su esposo. Mas viuda, y de ochenta y cuatro años, no se apartaba del templo, sirviendo á Dios noche y día con ayunos y oraciones y sobreviviendo á él en la hora misma que Simeón confesaba juntamente al Redentor y hablaba de él á todos los que aguardaban la redención de Jerusalén.

Encontrándose Ribadeneira con la purificación, para él extraña, de María, Virgen Purísima, y con el cumplimiento, para él incomprensible, de leyes dictadas por el Antiguo Testamento, explica el caso de la siguiente manera en el capítulo que titula *Fiesta de la Purificación de la Virgen María, Nuestra Señora, y de la presentación de su Hijo en el templo*: «Claro está, dice, que el bendito Niño Jesús y su gloriosa Madre no estaban obligados á la guarda de estas leyes, porque el Hijo era Dios, y legislador, y Señor de la ley; y la Madre era Madre de Dios, y Reina, y Princesa de todo lo criado. Y además de esto, las mismas leyes con sus palabras los eximían y exceptuaban de aquella obligación, porque la ley de los primogénitos decía que el primogénito que abriese camino para salir de las entrañas de su madre, fuese ofrecido al Señor, y Cristo salió por aquella puerta oriental de la Vir-

gen, profetizada por Ezequiel, dejándola cerrada y sellada. Y la segunda ley no obligaba sino á la mujer que concebía por la vía ordinaria, y la Virgen sacratísima concibió al Verbo eterno por virtud del Espíritu Santo, sin detrimento de su natural pureza. La purificación de las paridas era para limpiarlas de las inmundicias del parto; mas la que quedó más limpia que el sol y más hermosa que la rosa y que la clavellina, no tiene esa obligación, porque ¿cómo puede purificarse la pureza, esclarecerse la luz, blanquearse la blancura y hermosearse la belleza? Y por esta causa el evangelista sagrado, diciendo que se cumplieron los días de su purgación, añadió divinamente aquellas palabras, según la ley de Moisés, dando á entender que aquella purificación era según la ley y no según la Virgen, porque, según ella, no podía llegar ese día, porque era la misma limpieza y más resplandeciente que el sol. Ofreció asimismo la Virgen un par de tórtolas ó palominos para cumplir con la ley de la purificación. No ofreció cordero figurativo, así porque ofrecía el verdadero é inocente cordero «que quita todos los pecados del mundo,» como porque era pobre, y amiga de la pobreza, como lo era su benditísimo Hijo, el cual, siendo rey de la gloria, había tomado hábito y figura de pobre para enriquecernos, y era justo que apareciese

lo que era, y con esta humildad reprimiese nuestra presunción y soberbia que, siendo pobres, queremos parecer ricos, y siendo pecadores, queremos que nos tengan por inocentes y santos.» Hasta aquí el padre Ribadeneira.

La festividad hermosísima de la Purificación trae aparejada en el culto y liturgia nuestros un reparto de velas que indica la devoción de todos los pueblos arios al resplandor de su día y al éter de su luz. Desde los tiempos más apartados, cuando en la pagoda india se inicia la religión de nuestras razas arianas, brilla sobre las aras el fuego, que todo lo esclarece y que, á la manera de Dios, en quien se juntan muerte y vida, todo lo devora y lo depura. Ningún elemento en la creación significa tanto la pureza y sirve tanto á las purificaciones como la llama. Cuando queréis aligerar el sordo é inerte metal, descomponer su fortísima cohesión, volatizarlo, hacerlo neriforme, lo arrojáis á un horno candente, de muy altos é intensos enrojecimientos. Pues bien, las culpas nuestras, los errores nuestros, las humanas impurezas, purifícanse de suyo en las llamas, por lo cual explicamos el cirio, el candelabro, el incienso, el fuego sacratísimo, el ardiente lampadario, las luces místicas brillando al pie de todos los dioses. Nuestra fiesta de la Purificación se denomina también fiesta de

la Candelaria; y se denomina fiesta de la Candelaria, porque las mujeres, muy especialmente, llevan este día ofrendas al templo, y, en cambio, reciben albas candelillas. Y así como las verdes velas del tenebrario sirven á conjurar las tempestades, por su parte sirven estas candelas en los partos. El hábito de repartir velas y luminarias por Febrero data de muy lejos, pues ya lo tuvieron sus habitantes en la Roma primitiva. Muy pobladas las antiguas riberas del Tíber por lobos asoladores erigieron templos á un Dios campestre que persiguiese las manadas múltiples de animales tan dañinos y preservase á los inocentes rebaños de su voracidad. Unas fiestas celebraba el paganismo romano por Febrero en su honor; y durante tales fiestas repartíanse antorchas, cual se reparten candelas hoy en la Candelaria nuestra. Cierto que de todo cuanto nos parece original hay antiguas y seculares tradiciones en el mundo. Celebramos nosotros el solsticio de invierno con cenas y comidas abundantes, mientras el mundo antiguo también solía celebrarlos de igual suerte con una festividad llamada saturnal, por la que damos el nombre de saturnales á todos los excesos en comer y beber. Adonde quiera que convertimos los ojos vemos patente señal de las devociones consagradas por los fieles arios al resplandor de la madre luz.

esperada rivalidad, insistió en saber dónde se hallaba, en qué sitio de Belén, su odioso rival y nuevo rey. Los reyes nada le dijeron, y se marcharon á sus respectivos reinos mágicos de noche y de callada, sin pasarse por Jerusalén y sin saludar á Herodes. Pero dejemos hablar á San Mateo, quien dice: «Y siendo avisados los reyes, por celestial revelación, en sueños, que no viesen á Herodes, volviéronse á su tierra por otro camino. Y partidos ellos, he aquí un arcángel del Señor, que se aparece á José, en sueños, diciéndole: «Álzate y toma niño y madre, huyendo á Egipto. Y estáte allí hasta que yo te lo diga, pues acontecerá que busque al niño Herodes para matarlo.» Y él, despertando, tomó al niño y á su madre de noche y se los llevó consigo á tierra egipcia. Y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo dicho por el profeta: «de Egipto llamé á mi hijo.» Cuando se vió Herodes burlado por los reyes, enojóse mucho con ellos, y mató cuantos niños había en Belén y en todos sus términos de la edad de dos años abajo, conforme al tiempo que había entendido de los magos. Cumplióse aquí lo dicho por Jeremías al exclamar: «Voz oí en Rama, grande lamentación, lloro y gemido; y fué Raquel, que llorara sus hijos, y no quiso consolarse porque perecieron. Mas, muerto Herodes, he aquí un arcángel

de Dios que aparece á José en sueños, diciéndole: «Álzate y toma el niño y á su madre y vete á tierra de Israel, que muerto han cuantos maquinaron la muerte del niño.» Entonces él se levantó, y tomó al niño y á su madre y se fué á tierra de Israel. Y oyendo que Arquelao reinaba sobre Judea, en vez del rey Herodes, su padre, temió ir allá. Mas amonestado por otra revelación en sueños, dirigióse á la parte de Galilea. Y fué, y habitó en la ciudad que se llama Nazareth, cumpliendo lo dicho por los profetas, que había de ser Jesús llamado Nazareno.»

La historia crítica puso de antiguo muchísimos reparos á toda esta narración. Y digo que los puso, desde lejanos tiempos, conforme con lo que aseveran escritores de la más pura ortodoxia. El volumen escrito por escritor tan católico y piadoso como Pelegrín Casabó y Pajés historiando la vida de María, trae á este respecto citas de muy altos escritores católicos, los cuales hanme precedido en el método por mí adoptado, contando las objeciones corrientes en el racionalismo europeo á la narración evangélica. De luenga fecha habíase notado cómo San Matéo no dice palabra de la presentación al templo, así como no dice palabra San Lucas del degüello de los inocentes. «¿Qué diremos nosotros, exclama San Juan Crisóstomo, traducido

por Casabó, para conciliar esos dos evangelistas, sino que el regreso á Nazareth precedió á la huída á Egipto? Porque Dios no mandó á José y á María el huir á Egipto antes de la purificación, á fin de que la ley en nada fuese violada. Pero, llenado este deber, ellos volvieron espontáneamente á Nazareth, donde recibieron la orden de huir á Egipto.» Y Casabó continúa de esta suerte: «Una simple mujer, muy amada de la Virgen Madre, nos solventará la dificultad, como vamos á verlo en lo siguiente, que copiaremos al pie de la letra. Y para concluir este capítulo se me ha dado á entender la concordia de los dos evangelistas, San Mateo y San Lucas, sobre este misterio. Porque, como escribieron todos con la asistencia y luz del Espíritu Santo, con ella misma conocía cada uno lo que escribían los otros tres y lo que dejaban de decir. Y de aquí es que, por la divina voluntad, escribieron todos cuatro algunas mismas cosas y sucesos de la vida de Cristo, Señor Nuestro, y de la historia evangélica, y en otras cosas escribieron unos lo que omitían otros, como consta del Evangelio de San Juan y de los demás. San Mateo escribió la adoración de los reyes y la fuga á Egipto y no la escribió San Lucas. Y éste escribió la circuncisión, presentación y purificación, que omitió San Mateo. Y así como San Mateo, en refiriendo la despedida

de los reyes magos, entra luego contando que el ángel le habló á San José para que huyesen á Egipto, sin hablar de la presentación, y no por esto se sigue que no presentaran primero al Niño Dios, porque es cierto que se hizo después de pasados los reyes, y antes de salir para Egipto, como lo cuenta San Lucas, así también, aunque el mismo San Lucas, tras de la presentación y purificación escribe que se fueron á Nazareth, no por eso se sigue que no fueron primero á Egipto; porque, sin duda, fueron, como lo escribe San Mateo, aunque lo omitió San Lucas, que ni antes ni después escribió esta huída, porque ya estaba escrita por San Mateo. Y fué inmediatamente después de la presentación, sin que María Santísima y José volvieresen primero á Nazareth. Y no habiendo de escribir San Lucas esta jornada, era forzoso, para continuar el hilo de su historia, que tras la presentación escribiera la vuelta á Nazareth. Y decir que, acabado lo que mandaba la ley, se volvieron á Galilea, no fué negar que fueran á Egipto, sino continuar la relación, dejando de contar la huída de Herodes. Y del mismo texto de San Lucas se colige que la ida á Nazareth fué después que volvieron de Egipto; porque dice que el Niño crecía, y era confortado con sabiduría, lo cual no podía ser antes de los años cumplidos de la infancia, que

era después de la venida de Egipto y cuando en los niños se descubre el principio del uso de la razón.» Hasta aquí la venerable María de Agreda. Y Casabó añade: «¿No tendría Dios otros fines en la fuga del Verbo encarnado que retirarse éste de Herodes y defenderse de su ira? Más que esto fué la huída á Egipto medio que tomó el Señor para obrar allí las maravillas que hizo de que hablaron los antiguos profetas Ezequiel y Oseas, y muy expresamente Isaías, cuando dijo que subiría el Señor sobre una nube ligera, y entraría en Egipto, y se moverían los simulacros de Egipto delante de su cara, y se turbaría el corazón de los egipcios en medio de ellos, y otras cosas que contiene aquella profecía y sucedieron por los tiempos del Nacimiento de Cristo Nuestro Señor.»

La degollación de los inocentes ha sufrido de la crítica moderna y de los críticos racionalistas extensas contradicciones. Los más acreditados y conspicuos de todos ellos, los que dirigen y glorifican la secta, pretenden todos no tener tal tradición otro fundamento que la necesidad en los evangelistas de justificar antiguas profecías. En el camino abierto entre la ciudad que guarda el sepulcro de Cristo y la ciudad que guarda el recuerdo sacratísimo de su Natividad, hay un humilde monumento religioso por igual respetable á judíos, ismaelitas y cristia-

nos. Este monumento es la tumba de Raquel. Madre de la familia israelita, y la familia israelita madre también de las tres religiones fundadas en el monoteísmo, ha de hallar por fuerza un culto muy tierno en el seno de sinagogas, iglesias y mezquitas, donde la unidad metafísica del Eterno resplandece y perdura. Jeremías, el profeta sublime de los trenos y lamentaciones, dice cómo la voz plañidera de Raquel se oía en Rama, quejándose y doliéndose de sus hijos, sin querer consuelo alguno, porque sus hijos no son ya. Inútilmente buscan fuera de tal razón teológica ninguna otra en la historia para fundamentar el relato consagrado á la degollación de los inocentes. Unánimes dicen que los historiadores del tiempo, solícitos en la busca de cargos y acusaciones que lanzar sobre Augusto y su familia, en cumplimiento de las ideas republicanas á cuya inspiración obedecían sus respectivas historias, encontraran pábulo en la crueldad enorme del degüello de los inocentes para sus justicieras invectivas y sus fiscales acusaciones. Cómo, ¿hay un monarca dependiente y súbdito del Imperio romano, que ordena la inmolución de los niños, tan amables de suyo y tan amados en todas las edades por cuantos hayan podido ser padres ó hijos, y no cuentan esa crueldad sin ejemplo los estoicos fiscales, nacidos para desagraviar á la con-